



UNIVERSIDAD
DE MURCIA



UNIVERSIDAD
DE MURCIA

SERVICIO DE
CULTURA



Aqua

Carlos García Requena

Espacio Black Box
Edificio Convalecencia
Avda. Teniente Flomesta, 5, 30003 Murcia
Tel.: 868 883 373
E-mail: cultura@um.es
<http://www.um.es/cultura/exposiciones>

LIBRO DE ARTISTA

Coordinación editorial
Francisco Caballero Cano

Comisario
José Luis Martínez Meseguer

Textos
Carlos García Requena
José Luis Martínez Meseguer

Maquetación
Imagina Advertising

ORGANIZA

Servicio de Cultura Universidad de Murcia
Vicerrectorado de Responsabilidad Social
y Cultura

EDITA

EDITUM. Ediciones de la Universidad
de Murcia

ISBN:

Libros de Artista

Aqua

Carlos García Requena

Del 4 de Diciembre, 2024 al 21 de Enero, 2025

Espacio Black Box, Rectorado de la Universidad

Aqua

AQVA es un canto a la naturaleza, al agua y a sus caprichos.

Es el relato de una pequeña odisea, fragmentos de este viaje de búsqueda en lo pictórico y lo personal, que recorre algunos de mis paisajes, los que veo a través de mis ojos, los que pinto a través de mis manos y algunos de los que suceden en mi intimidad.

Como un quijote que busca su dulcinea, he perseguido la quimera de atrapar la esencia de la luz. Como toda cruzada, circula siempre por la vereda de lo imposible, intentando atrapar aquello de lo que nada puede decirse. A pesar de perseguir un rastro escurridizo, no ha sido baldío el trayecto, pues ha dejado a su paso un destilado de progresos y consecuencias que hoy, con la desnudez de mi propia vergüenza, muestro ante tu mirada.

Todas mis obras, relativas al agua en el paisaje, han sido realizadas en acuarela, un medio caprichoso e indómito que ha ido poniéndome delante de mis propios fantasmas, doblegando mis empeños, puliendo mis aristas, y señalando límites a la vez que nuevos caminos, para terminar mostrándome algo de ese secreto misterio, que nunca acaba por desvelarse, pero a cada paso se insinúa.

Cada acuarela es un viaje, un diálogo con el agua, que ha interrogado profundamente mis

contornos, provocando crisis y metamorfosis constantes, destiladas a partir del alambique creativo.

Las imágenes y las palabras, han sido mi particular “forma de hacer” con ese extraño salvaje que nos habita, esa pulsión que empuja a deshoras, insistiendo despiadadamente. Crear ha sido mi singular forma de no sucumbir al malestar que padecemos los sujetos dentro de la cultura, de sobrevivir con pequeños latidos que han dado pulso y sentido a mi existencia.

Susurrando pequeñas historias, te adentraré en el discurso de lo fragmentario, de lo roto, recordándote, a veces con caricias y otras a bocados, lo dañados que estamos. El espíritu de la vulnerabilidad será tendido como un manto tierno y emotivo, como una nueva fuerza sublime que nace del contacto con la fragilidad.

Es mi mejor respuesta a lo, en ocasiones, sórdido y tedioso de la vida, mi revolución más creativa para dar sentido y reunión a los restos de madera de deriva.

Prólogo

La acuarela tiene en Carlos García Requena un gran aliado e inversamente también. No exageramos al indicar que esta técnica ha estado denostada e incluso “ocultada” o “practicada en la intimidad” durante un largo tiempo por muchos artistas, pese a ser esta una habilidad que requiere una gran pericia y que no todo el mundo que la practica se puede afirmar que la tenga.

Esto, entre otros muchos factores, podría deberse al hecho de que, desde finales de los años 70, el arte conceptual derrotó a la técnica en favor del concepto y al artista ya no se le exige la maestría técnica que con anterioridad se le demandaba y esto fue en detrimento de las técnicas y la acuarela, en ese sentido, es muy exigente con la destreza, pues al diluirse con agua, y por su rápido secado, hay que ser certero en la pincelada, no permite corrección alguna.

Se pinta por capas transparentes, con el fin de conseguir la máxima brillantez y soltura en la composición que se realiza. Los colores utilizados son más o menos transparentes según la cantidad de agua con la que se mezcla, y a veces dejan ver el fondo del papel, que suele ser blanco y que actúa como un verdadero tono, puesto que en la acuarela el uso de blanco puro se omite y se usa el mismo del papel para los puntos de luz.

Parece ser que la técnica surgió en China, con el invento del papel (siglo II d.C.). En la pintura china, coreana y japonesa ha sido un medio pictórico dominante, realizado frecuentemente en tonalidades monocromáticas negras o sepia. En Japón, la acuarela ejecutada con tinta es denominada sumi-e. Los árabes introdujeron la acuarela en al-Ándalus (siglo XII) y se extendió a Italia, décadas después. El precedente de la acuarela en

Europa fue la técnica del fresco, pintura mural que usa pigmentos en un medio acuoso sobre mortero de cal húmeda.

La acuarela ha dado grandes nombres. En el siglo XV, Rafael Sanzio (1483-1520), pintaba sobre grandes cartulinas bocetos de tapices, primer uso conocido de la acuarela en Europa. En Alemania, Alberto Durero (1471-1528) pintó acuarelas que influyeron en la primera escuela de acuarela en Europa liderada por Hans Bol (1534-1593). Entre los grandes maestros británicos que usaron la acuarela puede citarse a Anton van Dyck (1599-1641), John Constable (1776-1837), Thomas Gainsborough (1727-1788), Paul Sandby (1731-1809) y William Turner (1775-1851), admirado precedente de las técnicas que posteriormente desarrollarían las vanguardias. Mike Leigh llevó a la gran pantalla los últimos años de este genial artista y excéntrico pintor británico, artífice de una auténtica revolución en el campo del paisaje, en la magnífica Mr. Turner (2014), retrayéndose sorprendentemente a mediados del siglo XIX, una mirada diferente en su filmografía, más dada al costumbrismo contemporáneo, al realismo social, generalmente en presente.

En la pintura española del siglo XX pueden citarse artistas como Francisco Bonnín Guerin (1874-1963), Ceferí Olivé (1907-1995), Julio Quesada (1918-2009), Alberto Manrique (1926-2018) o José Comas Quesada (1928-1993). El siglo XXI ha visto renacer la acuarela, en las nuevas generaciones, que la usan sin prejuicio alguno, dando muy buenas muestras de este arte en papel.

García Requena usa y defiende, sin rubor alguno la acuarela, técnica que ha aprendido decididamente y a la que profesa una gran convicción como “arma cargada de futuro”. Es el paisaje uno de los temas que aborda, a nuestro entender de manera espléndida y lúcida. Suelen ser estos panoramas “el sitio de mi recreo” y, al igual que la canción paisajística de Antonio Vega, responde al momento de inspiración en el que encuentras una secuencia que te lleva por un camino. Hablan ambos de los lugares donde uno se encuentra a gusto física y espiritualmente. En el caso de García Requena, suelen ser los lugares de su ocio vacacional, immortalizados en fotografía previamente o el de sus amigos, que le suministran imágenes de los suyos. Antes de abordarlos en el papel, se

plantea mentalmente su ejecución, estudiando intensidades y blancos, pues luego deberá acometerlos con la rapidez que requiere la técnica y no hay lugar para el titubeo. Es un verdadero proceso mental, más que manual. Esto junto a que cada paisaje suele ser acompañado de escritura, de textos, de meditaciones, de pensamientos que confieren una narrativa y una suerte de banda sonora que ayuda a la reflexión de quien lo observa. Este es su aporte a la contemporaneidad, a la modernidad, su nueva manera de abordar la acuarela.

Es por ello que sus acuarelas nos llevan al literario locus amoenus, en latín, "lugar idílico" o, más cercano al latinismo, "lugar ameno". Es un tópico literario o lugar común. Es decir, un motivo muy repetido a lo largo de la historia de la literatura, que generalmente describe un lugar natural idealizado, paradisiaco, seguro y tranquilo, que invita a la conversación relajada, por lo que es el mejor marco ambiental para los géneros literarios que la utilizan, como el diálogo, el idilio o la égloga, o que contienen estos géneros, como la novela pastoril y, en general, toda la literatura bucólica. Su opuesto es el locus eremus, lugar yermo o desierto, propio para los penitentes, o los ascetas cristianos -eremitas, anacoretas, ermitaños-, o el locus horridus o locus horribilis de la literatura medieval caballerescas (bosques tenebrosos, espesos, ruidosos y llenos de fieras; grutas propicias a la catábasis o descenso: a los infiernos como los de El Bosco o Dante Alighieri; o del Romanticismo: paisajes correspondientes a la estética de lo sublime: altos o profundos, noches ventosas y oscuras sin luna, cementerios, tormentas, ruinas, brumas, huracanes, páramos desiertos).

Del locus eremus parece ser que es de lo que se ocupa e interesa la posmodernidad. De aquello que Gilles Clément describía en su Manifiesto del Tercer paisaje, uno de los textos clave para entender el paisajismo contemporáneo. Siendo el Tercer paisaje, aquel que aparece en las cunetas de las carreteras, en los lugares residuales de las ciudades, en los espacios de transición entre la ciudad y el campo que no han sido controlados por la acción deliberada del hombre. Es, en esos lugares, donde aflora un sistema biológico verdaderamente libre.

Basados en esta idea son muchos de los interesantes trabajos de la dupla formada por

los artistas Almalé y Bondía cuyas obras nos invitan a mirar imágenes que nos exigen tomar posición, dar respuestas a los múltiples interrogantes que plantean. También Lara Almarcegui realiza intervenciones e instalaciones artísticas y es conocida por sus series de demoliciones, autoconstrucciones y descampados. Los objetos apenas le interesan, lo que le obsesiona son los lugares y su relación activa con ellos. O el trabajo del brasileño Vik Muniz en uno de los vertederos de basura más grandes del mundo, Jardim Gramacho, en las afueras de Río de Janeiro, del que quedó constancia en el documental Waste Land (2010), dirigido por Lucy Walker.

O lo que Marc Augé denominara los no lugares. Lugares que no existían en el pasado. Espacios propiamente contemporáneos de confluencia anónimos, donde personas en tránsito deben instalarse durante algún tiempo de espera, sea a la salida del avión, del tren o del metro que ha de llegar. Apenas permiten un furtivo cruce de miradas entre personas que nunca más se encontrarán. Los no lugares convierten a los ciudadanos en meros elementos de conjuntos que se forman y deshacen al azar y son simbólicos de la condición humana actual y más aún del futuro. El usuario mantiene con estos no lugares una relación contractual establecida por el billete de tren o de avión y no tiene en ellos más personalidad que la documentada en su tarjeta de identidad. Augé, relejendo los lugares descritos por Chateaubriand, Baudelaire y Benjamin, abre nuevas perspectivas para conceptualizar una antropología de la sobremodernidad –término que creara y acuñara Augé-, que podría ser también una etnología de la soledad de la condición humana contemporánea.

Como ejemplo de ello, citar una de las últimas exposiciones: No-lugares (2024) un proyecto expositivo, comisariado por Mario Guixeras y Jorge de la Cruz, que establece un diálogo entre urbanidad y ruralidad. Vídeo e inteligencia artificial, fotografía, pintura o instalación se complementan en esta colectiva, donde Alejandro Garófano, Cristina del Águila, Diego Morcillo, Jan Matthews Bernárdez y Nerea Sanz presentan una serie de proyectos preocupados por la habitabilidad poética de un paisaje donde los ámbitos de lo artificial, lo natural y lo personal no pueden entenderse como escenarios diferenciados, sino como una relación de agentes generadores de los entornos donde convivimos. El título de la exposición revisita las ideas de Augé desde nuevas perspectivas, aludiendo

a una noción del espacio que asume como eje central en esa reflexión sobre “lo deslocalizado” idas y venidas entre la materia y la imagen. Esto es: entre la fisicidad y lo virtual, el juego, la ilusión o el simulacro. En definitiva, un intento por indagar el lugar que ocupa un no-lugar contemporáneo.

Es el trabajo de García Requena visualmente muy atractivo y relajante al espíritu, tanto por lo que contemplamos como por lo que leemos, lo que confiere al ejercicio de su práctica artística contemporánea un aggiornamento o actualización, modernización o puesta al día de la técnica de la aguada.

© José Luis Martínez Meseguer, 2025



La acuarela no es un camino fácil. El agua es una amante caprichosa y no se deja domeñar por la fuerza o el tesón. Obliga a la espera, a la observación paciente y llegado el momento, al acto preciso y decidido.

Es necesario observar y entender cómo funciona la precisa concurrencia entre los estados del agua, del papel, del pigmento, la temperatura, el aire y la humedad, porque todo tiene su momento, que no puede ser ni antes ni después. Hay un tiempo exacto, un momento preciso donde el agua está dispuesta y responde, unas veces a la caricia delicada y otras al trato veloz y decidido, abriendo su flor agradecida.

Nunca es en pelea, ni a la fuerza; no podemos oponernos a su empuje, que siempre encontrará camino; tan sólo nos queda aceptar con humildad su capricho, doblegar el espíritu y ponernos a favor de su empuje, allanando caminos para facilitar y favorecer su destino. Sólo entonces nos muestra su hermoso secreto.

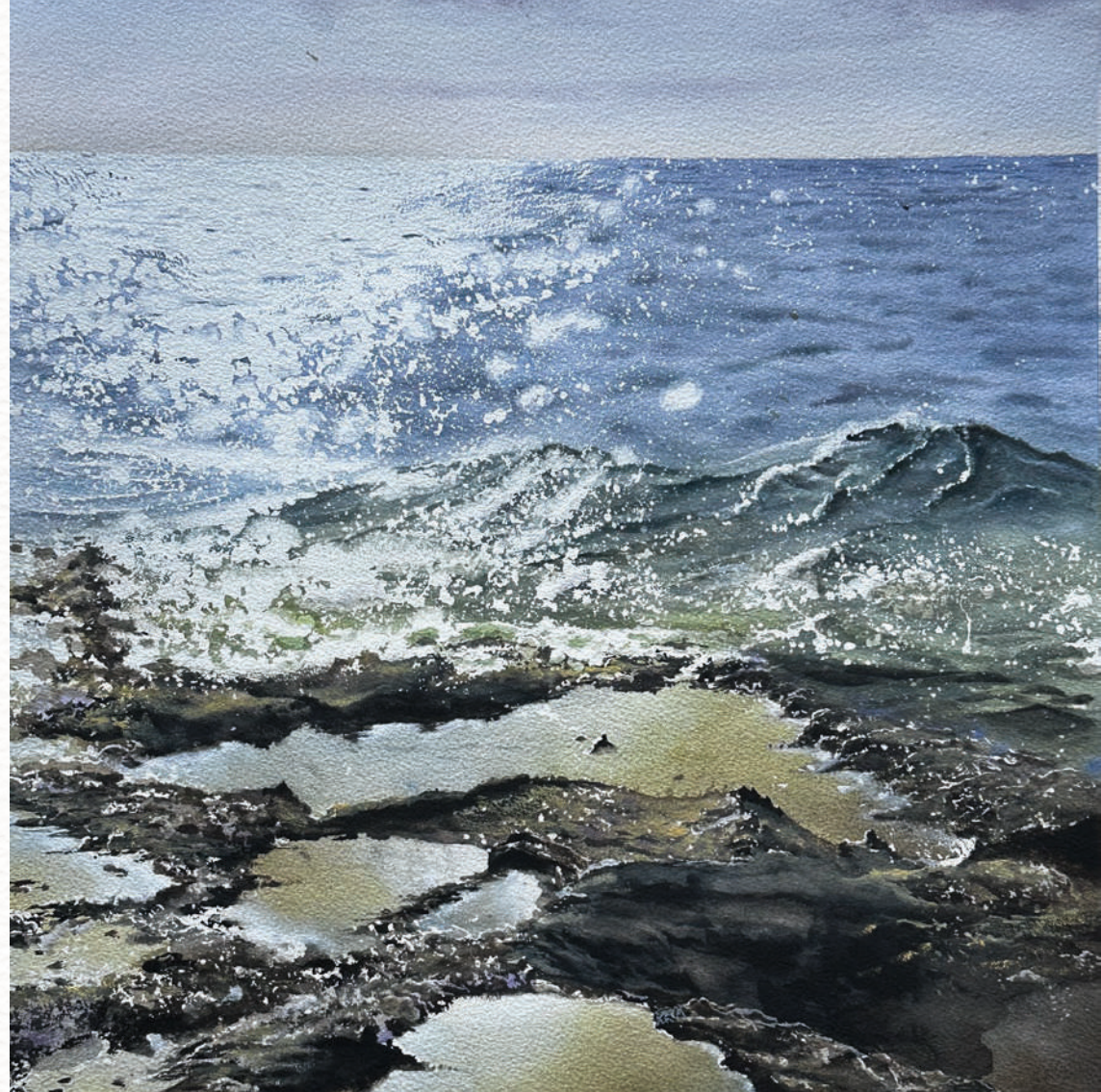
No es arte para medrosos ni cobardes, sino para quienes ante el vértigo de la vida se precipitan al abismo con los ojos cerrados. Cuanto más decidida es esa entrega, más generosa es la dádiva con la que el agua corresponde.

*Recorrer un camino implica siempre dedicación, largos tiempos de observación y estudio, innumerables ensayos y errores, renunciaciones, desengaños, madrugadas desveladas, atascos y nuevos amaneceres...
Dara volver siempre a empezar.*

Yokusinsoku (deseo), Kinshinsoku (entrenamiento) y Shinshinsoku (con-ciencia), son las claves para avanzar en el camino del Budo, que implica siempre enfrentarnos a nosotros mismos, superarnos, ponernos frente a nuestros fantasmas y solo a veces, encontrar algunas respuestas a los pequeños enigmas que nos acompañan.

La acuarela es un arte delicado que a menudo frustra a quienes intentan cabalgarlo por primera vez. El agua no cesa de imponerse y se resiste a ser doblegada, pero sabe premiar a quienes persisten en la búsqueda a pesar del sinuoso camino.

Es necesario equivocarse mil veces y volverlo a intentar, para entender cada vez un pequeño tramo de ese escurridizo misterio que poco a poco se dice pero nunca acaba por desvelarse.





Es necesario observar y entender cómo funciona la precisa concurrencia entre los estados del agua, del papel, del pigmento, la tempera-tura, el aire, la humedad... Porque todo tiene su momento, que no puede ser ni antes ni después. Hay un tiempo exacto, un instante preciso donde el agua está dispuesta para un determinado baile, donde ya no se puede pisar el freno, sino acelerar, abocándonos sin remedio al vértigo de un instante de verdad.

El agua no permite titubeos ni regates, no deja espacio para el arrepentimiento, no da cuartel a las excusas, ni enmascara las taras, pues en su empeño de abrirse camino empuja y desarma la trampa con que intentamos convencerla.

Los errores son bendiciones, pero solo si uno comprende que se trata de hacer con lo que hay, de no pelearse, de aceptar la contingencia de la vida y ponerse a favor. Cada error muestra una nueva oportunidad de comprender, pero solo si somos capaces de rendir al hombre voraz y abanderarnos en la curiosidad y el tesón como únicas maneras de progresar y de aprender nuevos caminos.

La acuarela y la escritura han sido para mí una forma de hacer con el mundo interno, a veces tumultuoso y agitado, lleno de cuestionamientos y preguntas.

El agua ha interrogado constantemente mis contornos ofreciéndome frecuente- mente respuestas concretas y trascendentes.

Cada acuarela es un viaje, un diálogo con el agua, que se produce en interacción con mi propia intimidad. Un recorrido del que siempre aprendo algo nuevo en lo íntimo, y del que queda una marca en lo artístico.

Mi naturaleza inquieta me aboca a constantes saqueos intestinos que me sacan del abrigo rutinario, que me impulsan a metamorfosis frecuentes y, en ocasiones, vertiginosas. Cualquier intento de permanencia y de estabilidad es pura ficción, un sueño de verano. No nos queda otra que revisar la caducidad de cualquier versión pasada y preguntarnos cada vez, aunque eso suponga quedar abocados al abismo de la transitoriedad, de lo efímero, de lo inconstante, de la falta.

Somos fragmentos, y cualquier intento de reunión coherente es simplemente “una chirla”, un argumento inconsistente.

Vivir en la conciencia de que somos seres en falta es a veces angustiioso, pero el mismo filo que nos hiere es el que nos da esperanza, sobre todo cuando contamos con algunos recursos para poder simbolizar lo insoportable, ya sea mediante palabras o trazos...

"Estamos hechos de historias"...

Historias que se pierden si no se las cuenta, que se desvanecen cuando no hay quien las escuche. Todavía recuerdo que, siendo yo niño, mi abuelo relataba aquellos crudos pasajes de su vida que, según él, ya nadie quería escuchar. "A nadie le interesa lo que cuenta un viejo", decía, y yo me moría de pena. Entonces me acercaba y me sentaba a su lado, en el suelo y con los ojos bien abiertos le decía: "a mí sí me gustan tus historias abuelito" Entonces él me contaba sus recuerdos, historias que me parecían maravillosas, salidas de un mundo extraño y lejano, que yo imaginaba en color sepia. Quizás para él, rememorarse era una forma de no desvanecerse, de no caer en su propio olvido y seguir agarrándose a un sentido. A mí me encantaba sentir aquella mirada cálida y noble que por un momento era toda para mí. Así que imagino que de alguna manera, los dos nos rescatábamos. Uno del olvido y el otro de la soledad.

En sus historias había un aire melancólico, y algunos silencios que yo intuía como lugares que no podían nombrarse. A veces se le caían las lágrimas al hablar de su dolor, de las penurias que pasó en los tiempos de la guerra. Yo no entendía ese dolor, pero me dolía, y escuchaba en silencio sus palabras, que nunca fueron huecas. Más tarde se fue apagando, perdió la memoria poco a poco y dejó de contar historias.

Aquel hombre en quien la vida había dejado surcos profundos en la piel, que luchó durante mucho tiempo por no extinguirse, me regaló sin saberlo, tesoros que todavía hoy siguen vivos en mí. Me dió una historia que contar, un recuerdo en el corazón y la dicha de poder dedicar mi vida a éste hermoso oficio de escuchar, donde el silencio es el lienzo necesario para se desplieguen las historias que merecen ser escuchadas.

No tengo formación artística, aunque sí el gusto por lo bello. Lo que he aprendido, lo aprendí mirando, atreviéndome, equivocándome una y otra vez, repitiendo y entendiendo en cada vuelta algo nuevo. Devoro todo lo que a acuarela se refiere, pongo la mirada allí donde hay alguien pintando porque siempre descubro un recurso, una nueva manera. Paso horas mirando imágenes y preguntándome "¿cómo lo haría?". Observo las obras de otros que ya lo hicieron para descubrir cuales fueron sus pasos, sus recursos, sus formas de entender y transformar la realidad en una obra.

Aunque no les conozco personalmente, Joseph Zvubvik, Álvaro Cagnet, Sherry Smith, William Turner, Herman Pekel y Marcos Becari, entre otros, han sido para mí y son, influencias importantes, y aunque mi mujer aún no lo sabe, a menudo duermen conmigo en mis sueños y en mis despertares. Con todos mis respetos, he copiado algunas de sus obras, escudriñando cada rincón y cada recurso.





El uso de colores complementarios produce un efecto vibrante en el resultado final de la obra, ya que su combinación intensifica y dramatiza el efecto visual de ambas gamas. En éste caso, aunque los veamos en su versión "quebrada" (apagados con su complementario), los azules se combinan con los anaranjados, dotando a la composición de fuerza e impacto.

El color es un significante, que sólo tiene sentido, en tanto está inscrito en un contexto que lo reviste de significado.

Cuando descubrí esto, un universo se abrió frente a mí. Un mismo color verde parecía más oscuro cuando estaba al lado de otro más claro. Colores que en un principio eran aberrantes fuera de la composición, cobraron sentido al situarse en los lugares apropiados que los acogían contextualizándolos en un discurso con sentido.

Entonces las cosas empezaron a ordenarse de otra manera. Un perezoso gris oscuro podía hacerse pasar por blanco si discretamente buscaba la sombra para descansar, mientras que los cobrizos, burlones, se encaprichaban por emular los reflejos del sol vespertino en las olas.

Mi madre me decía... ¡A ver con quién te juntas!... Así que dejo la pregunta: ¿Qué pasaría si a los colores les diera por escoger mejores compañías?

El concepto de TRENCADÍS, para mí, está estrechamente ligado a lo humano, a una especie de reunión de fragmentos rotos, que permanecen ligados por un elemento que los congrega y les da aparente coherencia unitaria, cuando en realidad son profundamente dispares.

Somos seres rotos que se esfuerzan en agarrarse a argumentos para adquirir coherencia y no abocarnos al abismo de la angustia de fragmentación. Y sin embargo, la presencia siniestra de esa rotura se manifiesta cada instante, devolviéndonos a nuestra fragilidad, colocándonos de frente a nuestra vulnerabilidad, a la inconsistencia de cualquier intento de previsión de la vida, que se revela inútil.

Peleamos a muerte por mantener nuestra coherencia, defendiendo nuestros argumentos y rechazando cualquier cuestionamiento que nos tambalee. El acorazamiento es el precio que pagamos por mantener nuestro fraude.

No hay nada de malo en los fragmentos, si podemos soportar la incoherencia, la inconsistencia. No hay nada de malo en lo que no coincide con el discurso oficial, si somos capaces de convertir nuestro corazón en un prado de gacelas, abierto a todas las religiones.

Que estamos rotos es claro, quizás la oportunidad sea contar con ello y asumir la fragilidad para poder acoger los fragmentos sin el empeño de hacerlos desaparecer.





Allí donde el hombre derrotado en sus causas se descubre desnudo, donde el terror íntimo hinca el diente y el sujeto se estremece sin más protección que unos pobres argumentos, el arte, que en lo tocante al alma, siempre lleva la delantera, permite realizar una puntada de capitón a lo que está deshilachado.

Allí donde la ciencia no cree en el vacío y busca incansable la última ecuación, sondeando lo inefable en busca de respuestas acerca de la esencia del espíritu; o donde la religión se aferra al mito estirándolo infructuosamente en un intento de evitar el encuentro con el ocaso del padre y la estremecedora orfandad del ser, la creación artística realiza una operación en torno a ese vacío que permite "Un poder hacer" con el insondable agujero sin tratar de comprenderlo.

En los tiempos del festín del ojo, en los que tramitamos nuestros vacíos devorando vorazmente las basuras de la red, en los que la bulimia de la mirada precede a la desnutrición del espíritu, el arte se hace cada vez más necesario y deja de ser un objeto superfluo o prescindible, para revelarse como la sublime chispa que nos permite lidiar con la siniestra fatalidad de la vida.

Cuidemos el arte, valoremos la creación, no solo como un pasatiempo o una posesión, sino como una muestra del maravilloso don de lo humanos que es la capacidad de transformar, de crear, de hacer del dolor y la oscuridad algo hermoso y evocador.

De pequeño yo dibujaba a lápiz, pero algún día dejé de hacerlo.

Sin saber bien quién la arrojó ni cuando, recuerdo una frase que me hirió el corazón como una negra y envenenada saeta: "Es que a tí pintar no se te da bien". Puedo sentir ahora esa desilusión que me azora profundamente. Dejé de pintar.

Puse la mirada en otras cosas, y todas han dejado huella en mí, porque lo que no se apagó nunca fue la pasión por las cosas, un corazón encendido y curioso que desea aprender constantemente. Puse el alma en cada cosa, y cuando el néctar se mostraba, viajaba a otro lugar. Así que he visitado muchos lugares y de cada uno guardo recuerdos. Pero ahora, sentado en mi escritorio me pregunto: ¿dónde he estado todo este tiempo?, ¿qué fue de aquel niño pintor?...

Empecé (o volví) a pintar hace 10 años, cuando nació mi segundo hijo y mi amigo Rafael Serrano me invitó a ir una tarde a su taller tras escucharme decir que me sentía "absolutamente negado" para pintar. Fuí una tarde a su taller y pinté una pequeña marina.

Me sentí como un niño que acaba de aprender a ir en bicicleta. En algún extraño rincón de mí, sabía que había descubierto una gran gruta en el centro de mi tierra. Desde entonces ya no he dejado de pintar. Quizás hacen falta largos rodeos para volver a encontrarse... Quizás nunca dejé de pintar y una parte de mí esperaba paciente en aquella hermosa gruta de los confines del mundo.

Ahora comparto mi obra y grito bien fuerte... "Esa es mi revolución"...





El arte es una sublimación del vacío, un intento de indagar en torno al agujero de "Lo real".

Como toda cruzada, circula siempre por la vereda de lo imposible, esperando atrapar aquello de lo que nada puede decirse, a base de intentos desesperados que quedan siempre a medio camino de asir el objeto. Es el despliegue de un intento de dominación, que sin embargo, nos aboca constantemente al desvalimiento, pues al tiempo que promete la ilusión, abandera el fracaso. Pero no hemos de darnos por vencidos, pues a pesar de perseguir un rastro de lo inefable que se escurre a cada instante, el trayecto nunca es baldío, pues a su paso, va dejando un destilado de consecuencias transformativas y sorprendentes.

Quienes nos internamos en algún tipo de disciplina artística, vamos atesorando un "saber hacer" con el sufrimiento del síntoma, una manera particular de dar sentido a lo, en ocasiones, sórdido y tedioso de la vida.

Ese saber - hacer de la sublimación que es nuestro secreto, aún siendo un rodeo, nos permite hacer algo con aquellas cosas de la vida que duelen a quemarropa, con aquello que de otra forma se estrellaría contra nuestros propios rincones o terminaría acorralando al otro a dentelladas contra las cuerdas.

El arte tiene el poder de evocar, de susurrar, de golpear, de provocar remolinos y de no dejar intacto.

Nos susurra al oído en una lengua que permite dar forma a la experiencia del mundo, a lo discontinuo de la vida, por fuera del sentido y la razón, produciendo tumulto, turbación, intranquilidad, incertidumbre.

No aporta claridad apaciguadora ni saber estabilizador, sino que erosiona los saberes, deshace el confort y permite experimentar la errancia y el aturdimiento durante un impasse permitido.

La obra de arte es un ensayo que trata de registrar algo de esa falta esencial que nos habita... lo Real. Es una forma de hacer, una herramienta, un lenguaje que empieza allí donde las palabras dejaron de ser útiles para tratar de hacer algo con aquello de la vida que no puede ser nombrado.





Pintar es capturar una pequeña historia en solo un impacto, detener el tiempo en un instante para poner delante del espectador una provocadora apuesta y dejar que la imaginación ponga todo lo demás.

El artista ofrece un espejo, un texto a medio decir, porque la obra de arte estará siempre incompleta hasta ese momento en que el espectador se mire en ella. Creará que disfruta de la obra, que la hace suya, pero será un carterista timado, porque en el mismo acto de mirar, algo de su intimidad quedará cautivada para siempre.

El artista es un ladrón empedernido, un coleccionista de espíritus especializado en robar a hurtadillas pequeñas porciones del alma de quienes prestan su mirada a la escena. Sensaciones, recuerdos y afectos serán sustraídos de estraperlo en el espacio de una baldosa.

Pequeños recortes de imaginación vendrán a completar las frases a medio decir, a construir universos en los espacios vacíos, a inventar lo que no se ha dicho.

¿Quién es la mujer del vestido?, ¿Qué evoca su mirada?, ¿Cómo es su vida?... La imaginación construye lo que falta... Que no es otra cosa que nuestro deseo...

AQVA es un afluente del concepto madre TRENCADIS, que para mí, está estrechamente ligado a lo humano, a una especie de reunión de fragmentos rotos, que permanecen ligados por un elemento que los congrega y les da aparente coherencia unitaria, cuando en realidad son profundamente dispares.

Somos seres rotos que se esfuerzan en agarrarse a argumentos para adquirir coherencia y no abocarnos al abismo de la angustia de fragmentación. Y sin embargo, la presencia siniestra de esa rotura se manifiesta cada instante, devolviéndonos a nuestra fragilidad, colocándonos de frente a nuestra vulnerabilidad, a la inconsistencia de cualquier intento de previsión de la vida, que se revela inútil. Peleamos a muerte por mantener nuestra coherencia, defendiendo nuestros argumentos y rechazando cualquier cuestionamiento que nos tambalee. El acorazamiento es el precio que pagamos por mantener nuestro fraude.

No hay nada de malo en los fragmentos, si podemos soportar la incoherencia, la inconsistencia. No hay nada de malo en lo que no coincide con el discurso oficial, si somos capaces de convertir nuestro corazón en un prado de gacelas, abierto a todas las religiones.

Que estamos rotos es claro, quizás la oportunidad sea contar con ello y asumir la fragilidad para poder acoger los fragmentos sin el empeño de hacerlos desaparecer.





Estoy roto y no me da vergüenza decirlo. La ventaja de contar con ello es que no tengo que disimularlo, pues el disfraz ya me hacía callo, y la cojera, con los años, incluso ha cogido estilo.

Contemplando a cada paso mis costuras, desayuno con mis fantasmas temprano, convivo con mis pocas manías y a veces duermo con mis miedos, que insisten en robarme el sueño. Pero por suerte, los conozco por viejos y he aprendido, a no hacerles demasiado caso, a ponerles poco alimento y sacarme rápido del fango cuando me da por volver a la ciénaga. No me adhiero a religiones, ni busco salvación en dioses, no miro para otro lado porque hace tiempo comprendí que he de cabalgar mi temblor en solitario, haciendo de mi fragilidad el mejor lugar para apoyarme, de mi falta, la mejor broma para presentarme. Hoy siento el corazón abierto y cuando ocurre está dicha, el dolor me atraviesa con facilidad y el amor anida dichoso calentando cada uno de mis rincones. Nada ocurre en mi según lo previsto, pero lo que ocurre es un constante estremecimiento. Los instantes rutinarios se vuelven coloridos y cada paso es una novedad si puedo mirar con sorpresa. A momentos me acompaña una oleada de lágrimas dulces, que se derraman mientras mi corazón late librado de su jaula.

No me dan miedo los vacíos que antes eran abismos, ahora son oquedades a las que puedo mirar sin temor a perderme. Cuando lo nuevo me sorprende y de nuevo hace del temblor terremoto, confío y me apoyo en mis propias preguntas, que tarde o temprano encontrarán el camino de las repuestas.

Me siento dichoso de conocer muchos de mis contornos y practicar la única religión que me ha dado algo: el camino del amor-dolor es el jardín donde para mí, nace la esperanza.

He vivido varias vidas y muchas de ellas ni siquiera fueron mías.

He debido de morir mil veces y sin embargo, otras tantas he renacido en nuevos partos y reinvisiones. He sido atravesado por cientos de fantasmas, que me acorralaron sin resuello. Escuché cosas que me estremecieron, que tambalearon mis cimientos, poniéndome una y otra vez frente al temblor de la vida. Estoy hecho de fragmentos de naufragios que terminaron llegando a mi orilla y tengo tantas pieles que a veces no diferencio el color de la mía.

Haber sido atravesado por tantas historias no me hace más sabio ni me salva de nada, más bien me aboca constantemente a una realidad ineludible es la de la propia fragilidad.

Si me da una cierta perspectiva que me ayuda a quitar drama, a mirar las cosas con distancia, y a veces, a reírme de mí mismo.

Saber que todo es relativo, ayuda a vivir ligero, aunque a veces sea a costa de quitar un punto ilusión a las cosas. Por suerte, de pequeño me caí en la marmita, y aún conservo la capacidad de seguir maravillándome, de seguir mirando con curiosidad a la vida.

Porque más allá de las legiones extranjeras que nos habitan, en una pequeña cueva del confín de nuestras tierras, siempre hay pequeños trazos que nos recuerdan y dan sentido a la propia esencia.





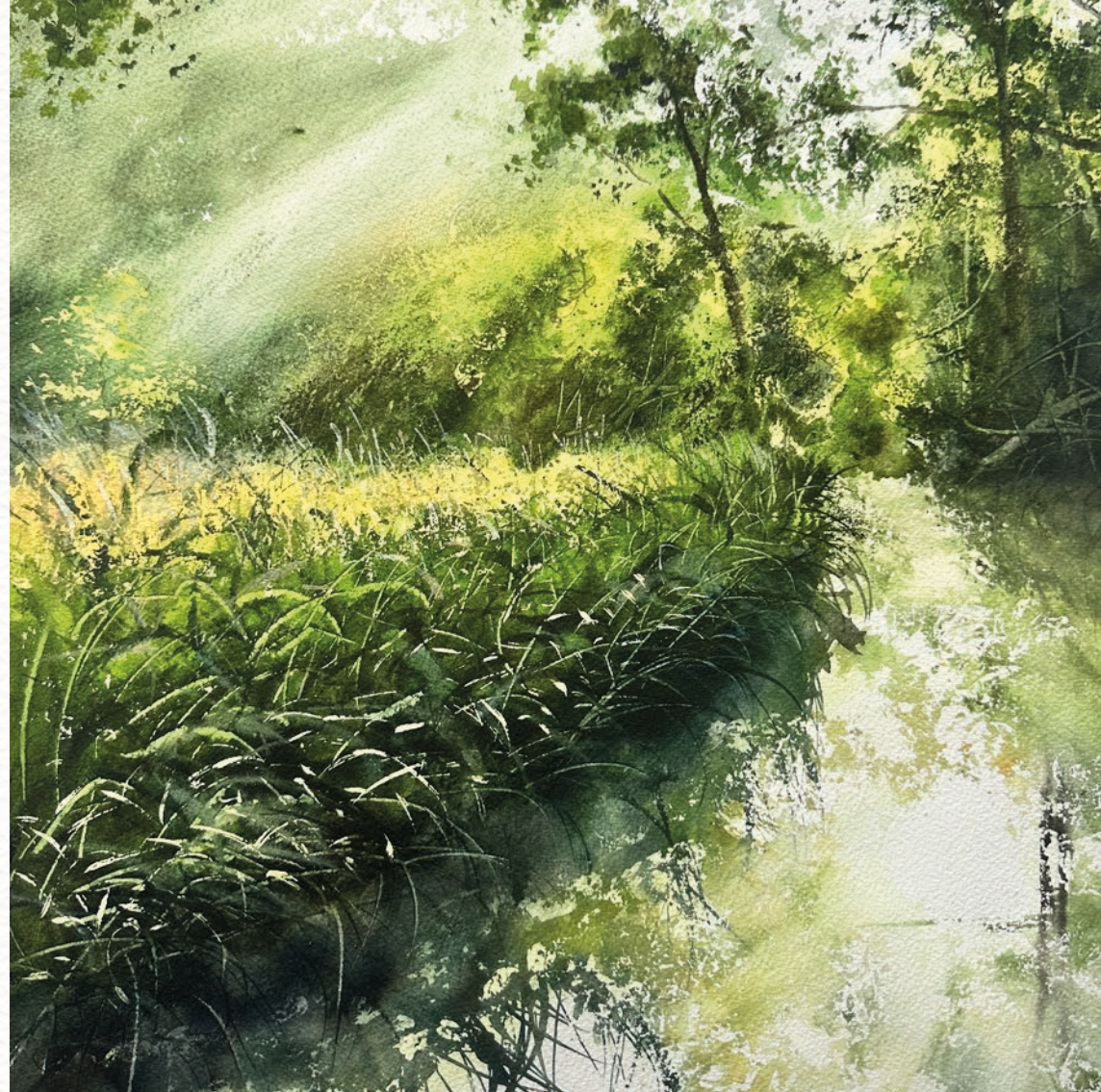
Durante los silencios previos al vértigo, escucho mi respiración y me preparo para algo que sólo durará unos segundos pero precisa de una entrega decidida, sin pensamiento ni vacilación, solo acto y presencia. Una vez que el baile del agua comienza, ya no hay vuelta atrás y todo sucede demasiado rápido como para pensar.

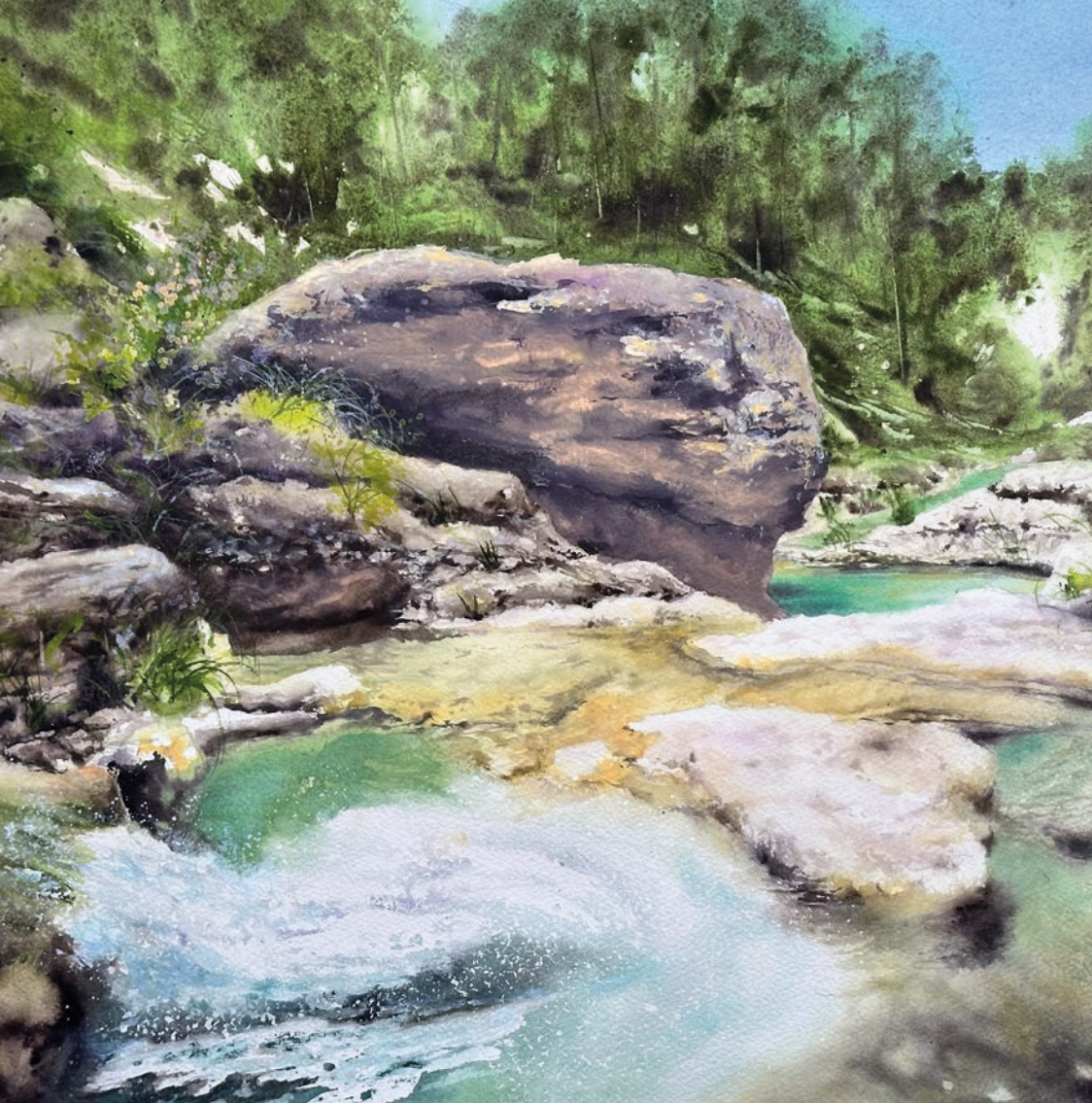
Lo escrito, escrito queda, pues cada pincelada ya ha dejado huella, como la la vida vida misma. A penas hay posibilidad de enmendar o corregir, y cuando lo intentas, a menudo es peor. Tan sólo queda aceptar que las decisiones tienen consecuencias, que los errores pueden ser oportunidades y que lo mejor siempre es dejarse llevar, asumir lo espontáneo y ponerse a favor de la fuerza del agua, que inexorablemente se abre camino. Se trata de un constante ejercicio de humildad, que deshace cualquier fantasía de control y nos aboca a una inquietante pero maravillosa realidad: la fragilidad.

La inspiración viene del silencio, de los espacios vacíos, de los paréntesis, que como espacios fértiles permiten brotar lo nuevo de la tierra hollada y revuelta. Las musas, ladinas y escurridizas, no responden a las preguntas intencionadas, presentándose a deshoras por sorpresa, y aunque yo me ofrezco a menudo para ser cauce de su chispa, no siempre eligen mi pincel ni mis versos como canal de sus caprichos.

En este tiempo vacío, en el que he descubierto a menudo a la víctima y a su verdugo al mirarme al espejo, rescato la fé en la autorregulación, en la espera y en el trabajo, que como cincel silencioso va dando forma a la piedra, permite a la mano volver a su giro y al trazo encontrar su cauce.

A veces se me hacen inquietantes los momentos de infertilidad, los impases donde lo viejo ya no me sirve, lo nuevo está por llegar, y yo no sé ni siguiera por donde esperarlo. Pero como un Ulises agarrado al mástil de su barco, me agarro a una especie de fé que me abriga al borde del abismo: la de la confianza en la vida y en mis posibilidades de transformación. Soy un animal cambiante y aunque a veces me inquieta pensar que al gato se le acaban las vidas, me agarro a mi navío con los dientes y rezo a dioses en los que sólo creo cuando me conviene. Pero no he de esperar ayuda, no hay padre en el horizonte, sólo de mí puedo esperar rescate en esta oleada interna que pulsa invadiente hacia la metamorfosis.





Alguien dijo que las palabras nunca tienen futuro cuando se trata de nombrar lo que sentimos, pero aunque no sean suficientes para dar cuenta de los agujeros, sí permiten bordearlos y hacer algo con ellos. Que no sea precipitarse en el abismo de los "silencios mantenidos", donde lo innominado hace estrago y no queda otra que sucumbir. Cuando el llanto se despliega sin saber por qué lo hace, cuando el cuerpo se duele enmudecido y lo siniestro del síntoma se presenta sin aviso, "solo nos queda la palabra".

Si escribo es porque quiero que mi voz me haga justicia, que transite el vértigo de la vergüenza y haga espacio a lo que de otra manera, quedaría como letra muda en el cuerpo. Porque aunque en su libertad divulgue los secretos sin pre-aviso e invente la oración de los ateos, ladre como un perro rabioso o gima como un niño abandonado, "del corazón dolorido sabe abrir los postigos".

Si escribo es para que el silencio no se haga rey en mi reino, y la palabra pueda hacer de timonel en mi destino. Porque detrás del verbo hay siempre un sujeto que lo enuncia y que en su nombre elige Su camino.

Durante mucho tiempo, una pregunta inquietante me rondó sin respuesta, cerniéndose como una nube oscura y pesada en mis días: ¿Para qué todo esto?

Fue una tarde, después de cerrar una muestra de esta exposición en otro lugar, cuando sentado frente a la chimenea me dispuse a leer vuestras palabras dejadas generosamente en mi "cuaderno de bitácora".

Entonces entendí que mi cruzada no es otra que intentar detener el tiempo, suspender la cotidianidad con una pequeña provocación, regateando por unos momentos el envite de ese engranaje mordiente que nos empuja ferozmente al siguiente instante, para dejar, en el vilo de una respiración, la posibilidad de contemplar lo sutil y volver a maravillarnos. Es para mí una misión el intentar alargar la mano y tratar de accionar las cuerdas que mueven el corazón de las personas, despertando la oportunidad de salir del sueño y tomar cada día una pequeña decisión, la de no ceder al empuje del tedio y hacer del instante un pequeño poema que nos saque creativamente del embrujo de la mecanicidad.

Cada vez que vuelvo sobre vuestras huellas me reconforto al comprobar que hay algo posible cuando podemos abrir el corazón de par en par. En vuestras palabras, siento que fuisteis "tocados" de alguna manera, algunos por mis acuarelas, otros por mis íntimas palabras, y otros porque lo mío, solo fue la excusa para volver a recordar lo vuestro.

Es entonces, cuando vuelvo a creer, cuando entiendo mi guerra y mi pregunta ya no es inquietante, sino esperanzadora: "Si el arte no nos salva de la muerte, que al menos nos salve de la vida".



Es difícil describir una pasión, aquello que empuja el corazón de los hombres y les lleva más allá de lo conocido, a veces, hasta el borde mismo del abismo.

La acuarela apareció en mi vida de repente, trasnochada, como el instante en que un rayo cruza una noche oscura y lo ilumina todo. Desde entonces quedé cautivado por este extraño deseo que me empuja y que siento como si todos los rincones de mi ser apuntaran en la misma dirección.

Pienso mucho tiempo en pintar, observo constantemente el comportamiento de la luz sobre las cosas; me deleito en la observación de las escenas, de la historia que cuentan las cosas; a menudo sueño en pinceladas y siempre espero ansioso el momento de encontrarme de nuevo en ese instante en que el tiempo y el ruido se suspenden para dar paso al acto creativo.

Somos seres rotos que se esfuerzan en agarrarse a argumentos para adquirir coherencia y no abocarnos al abismo de la angustia de fragmentación. Y sin embargo, la presencia siniestra de esa rotura se manifiesta cada instante, devolviéndonos a nuestra fragilidad, colocándonos de frente a nuestra vulnerabilidad, a la inconsistencia de cualquier intento de previsión de la vida, que se revela inútil. Peleamos a muerte por mantener nuestra coherencia, defendiendo nuestros argumentos y rechazando cualquier cuestionamiento que nos tambalee. El acorazamiento es el precio que pagamos por mantener nuestro fraude.

No hay nada de malo en los fragmentos, si podemos soportar la incoherencia, la inconsistencia. No hay nada de malo en lo que no coincide con el discurso oficial, si somos capaces de convertir nuestro corazón en un prado de gacelas, abierto a todas las religiones.

Que estamos rotos es claro, quizás la oportunidad sea contar con ello y asumir la fragilidad para poder acoger los fragmentos sin el empeño de hacerlos desaparecer.



Soy psicólogo psicoanalista de profesión. Me dedico a este solitario y hermoso arte de escuchar a las palabras a espaldas de ellas mismas, de desnudarlas y confrontarlas, siguiendo el rastro de la propia verdad, que a veces se hace esquivia. Habito en ese territorio silencioso que es preciso para que las historias puedan contarse, para que los afectos recuperen su cauce natural y las preguntas se reanuden abriendo camino a nuevas re-escrituras.

Escucho a las palabras que en su trajín, desfilan dejando rastros descuidados de la propia traición, allí donde la conciencia, gambitera y meretriz a conveniencia, se hace cómplice con la trama que pudimos contarnos.

Me siento afortunado de poder dedicar mi vida a este insólito arte escuchar que permite hacer del encuentro una pequeña sinfonía de lo humano, a esta especie de alquimia que permite transformar el padecimiento en dolor y propiciar pequeños alumbramientos en el interior de las oscuras tempestades. Pero todo tiene un precio...

Camino a diario la senda de los recuerdos ajenos y pago con mi cuerpo el dolor de sus impactos. Y es precisamente ahí, en medio de esa intensidad en la que mi memoria y mis carnes vuelven a sacudirse, que encuentro en la pintura un espacio de tregua, un pequeño intervalo donde el tiempo se suspende y estoy presente en cada pincelada, en cada respiración.

Es un hecho de la vida que estamos de paso y que aquellas cosas a las que nos agarramos, son en realidad efímeros velos de la falta. Las cosas se acaban, todo cambia y cualquier intento de permanencia y de estabilidad es pura ficción, pues estamos abocados a la transitoriedad. La angustia que a veces se produce en el encuentro con ese vacío nos lleva a intentar agarrar- nos a seguridades que tienen como resultado forzamientos para llevar la esperanza hasta sus últimas consecuencias.

"No te vayas", "dime que estarás siempre a mi lado", "no me quiero hacer mayor", me decía mi hijo con angustia en un intento de agarrarse a la imagen de un padre que para él se va desvaneciendo a medida que la infancia llega a su ocaso.

Hacerse mayor es separarse, afrontar el vértigo de la orfandad, el riesgo de la vida, que poco a poco se torna un camino sin barandilla. No hay padre en el horizonte que nos salve de la vida, porque de la vida no hay nada que salvar. Buscarlo más de la cuenta, alargar el encuentro con la orfandad, es correr el riesgo de quedar atrapados en la nostalgia. Así que será "necesario partir para que el paraíso no se torne una tierra maldita".

Si el camino de la separación nos lleva a la congoja y al vértigo, "el agarra- miento" nos aboca a los infiernos del sufrimiento y las demandas imposibles. Truco o trato.



Agradezco a quienes saben apreciar lo visible y lo invisible de una obra.

Lo visible a la mirada, aquello que por alguna razón captura a quien observa y lo saca de su indiferencia cotidiana.

Pero detrás de una obra también está lo invisible, aquello que a menudo pasa desapercibido: el tiempo robado a otras cosas, el aprendizaje y el esfuerzo invertido, la dedicación y el amor que hay detrás de lo que el artista hace con sus manos.

Si decides dedicar parte de tu esfuerzo a la adquisición de una obra estás apoyando algo que va a contracorriente, que rompe con el ritmo imperante que nos atrapa.

Estás deteniendo el tiempo que siempre apura, para dedicarlo a la contemplación.

Estás apoyando a alguien que decidió dedicar su tiempo a pensar cómo sacarte del sueño y capturar por un momento tu mirada. Estás cuestionando que todo ha de ser eficaz, efectivo, práctico y funcional. Apuestas por la belleza, por lo que merece la pena ser dicho y pocas veces es escuchado. Comprendes que más allá de lo práctico, está el gusto por lo bello, por la creación, que es uno de los grandes dones de lo humano.

Te agradezco a tí, en particular, tu acercamiento a mi obra, porque de alguna manera resonaste con ella. A partir de ahora compartiremos algo. Yo pasaré a formar parte de tu vida y tú de la mía. Mi obra estará en tu salón, en tu dormitorio o en tu memoria y yo sabré siempre que algo de mí hizo eco en tí.

Agradezco a mi familia la paciencia y la comprensión con que me acompañan en este proyecto mío, aunque muchas veces sea a costa de robarles una parte del tiempo que ellos también requieren. Sus afectos, sus caricias y sus palabras, son abrigo para este solitario camino.

Agradezco especialmente a mi compañera de vida con quien emprendí camino hace años y he construido tantas cosas. Por su escucha en los momentos de desvelo, por comprender la importancia que este camino tiene para mí y por tantas cosas más.

Agradezco también que mis amigos aún no se hayan cansado de mí por mis largas ausencias, que me sigan apoyando, con sus afectos, sus consejos y sus críticas, pero, sobre todo, con su sincera compañía. A David, por ser siempre cómplice en el humor y espacio para compartir las pequeñas cosa vida. A Enrique, compañero de batallas, por su sinceridad invariante, que me tambalea, pero me enseña cada día. A Javier, por ese largo camino de amistad que nos recorre, siendo testigo de tantas cosas y se actualiza en nuestras veladas de jueves a la sombra del Palomo. No podría mencionarlos a todos...

Pero no me puedo olvidar ni me canso de agradecer a mi buen amigo Rafael Serrano, que ha caminado a mi vera desde que tengo conciencia, pero un buen día tuvo la idea de invitarme a probar los pinceles. Desconocido de mí, le dije que me contentaría con pintar un lienzo en un año, y aquí estoy, 9 años después, habiendo descubierto todo un universo apasionante y pintado cientos de ellos.



Varias veces lo intenté sin encontrar salida al enigma. Cambié de papel, de pinceles, de perspectiva, de abordaje, de mirada, de lugar; cambié de mes y de acera, de ropa y, sobre todo, de ánimo; llegué a pensar en cambiar de analista, pero le tengo cariño y a estas alturas, hubiera sido una salida canalla.

Llegué a rozar la desesperanza y el desánimo, que como una nube negra se cernieron sobre mí, hasta que fruto de no darme por vencido, se produjo un pequeño alumbramiento, una comprensión que solo acontece cuando los giros de la clepsidra han sido suficientes, dejando al descubierto una arista del pequeño misterio que cada obra encierra. Hay quienes dicen que se trata de un don, pero yo sé que no hay don sin trabajo, sin noches desveladas, sin decaimientos y desencantos. No hay progreso sin repetición. Solo cuando todo está perdido y la última esperanza declina en su empeño, es que la mano puede liberarse de su peso y batirse en el lienzo "a pura pérdida", abocándose a ese instante de vértigo en el que la comprensión permite pasar del atasco de la repetición a la fertilidad del acto.

No será por casualidad ni azar, ya que siempre es necesario un momento para ver, otro para comprender y otro para concluir.

Allí donde el hombre derrotado en sus causas se descubre desnudo, donde el terror íntimo hinca el diente y el sujeto se estremece sin más protección que unos pobres argumentos, el arte, que en lo tocante al alma, siempre lleva la delantera, permite realizar una puntada de capitón a lo que está deshilachado.

Allí donde la ciencia no cree en el vacío y busca incansable la última ecuación, sondeando lo inefable en busca de respuestas acerca de la esencia del espíritu; o donde la religión se aferra al mito estirándolo infructuosamente en un intento de evitar el encuentro con el ocaso del padre y la estremecedora orfandad del ser, la creación artística realiza una operación en torno a ese vacío que permite "un poder hacer" con el insondable agujero sin tratar de comprenderlo.

En los tiempos del festín del ojo, en los que tramitamos nuestros vacíos devorando vorazmente las basuras de la red, en los que la bulimia de la mirada precede a la desnutrición del espíritu, el arte se hace cada vez más necesario y deja de ser un objeto superfluo o prescindible, para revelarse como la sublime chispa que nos permite lidiar con la siniestra fatalidad de la vida.

Cuidemos el arte, valoremos la creación, no solo como un pasatiempo o una posesión, sino como una muestra del maravilloso don de lo humanos que es la capacidad de transformar, de crear, de hacer del dolor y la oscuridad algo hermoso y evocador.



A mi padre...

Demasiadas palabras quedaron en vilo con tu ausencia repentina. Todas ellas duelen agolpadas en mis rincones, lacerando en silencio la carne.

Yo tampoco "perdono a la muerte enamorada", que en su capricho te arrulló temprano. Aún te busco al ver una sombra voltear la esquina o me sobresalto cuando creo descubrirete de reojo en el espejo. Con una media sonrisa, me sacudo del sueño y me río de esa extraña broma del juicio que por un momento renovó el aliento de una ilusión hace años consumida.

Me sorprendo pensando como sería compartir contigo los momentos de mi vida que acontecieron tras tu marcha, cómo sería haber bajado las armas y mirarte con el amor que más tarde pude recuperar.

Peleé y renegué mucho tiempo, resistiéndome a lo que de ti había en mí, sin saber que, en realidad, es lo más valioso que hoy tengo. Me enseñaste a no rendirme y llegar aún a gatas, a estrechar la mano con fuerza mirando a los ojos, a no pasar sin pena ni gloria ante el padecer del otro, a no quedarme sentado viendo como otros empujan cuando el mundo se detiene, a remangarme el alma y a transparentarla con

valentía. Me diste las palabras y la escritura, que han resultado valiosos recursos frente al malestar y la curiosidad por las historias que hay detrás de las cosas. Me enseñaste a ser generoso y apasionado con aquello que hago, aunque no siempre sea práctico. Pero sobre todo, me regalaste esa chispa, que cuando puede lucir en mí, hace la vida ligera y sorprendente.

También me regalaste algunas de tus sombras, pero incluso éstas, después de ser tormentas han sido un lugar de crecimiento, porque al fin y al cabo, "un hombre es lo que hace con lo que hicieron con él" Me queda el recuerdo, que unas veces cada día, otras cada instante y a veces nunca, llama trasnochado a mi puerta. Y aunque vivo con amor a la vida y con la entereza de quién ya jubiló a los ídolos, sigo sin visitar tu tumba, por si me abrazo a ella y no quiero levantarme.

Paradojas...

Bibliografía

Allen, K. (2021) "China: la cruzada del gobierno para educar a los niños para que sean "más varoniles"" *BBC News* 16/02/2021. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-55942570>

Baumann (1992) *Libertad*. Madrid: Alianza editorial.

Comaroff J.L. y J. (2009) *Ethnicity Inc*. Chicago: University of Chicago Press.

Crary, J. (2015): 24/7. *El capitalismo al asalto del sueño*, Barcelona, Ariel.

Debray, R. (1992) *Vida y muerte de la imagen*. Historia de la mirada en occidente. Barcelona: Paidós.

Freedberg, D. (2013). *Las máscaras de Aby Warburg*. Buenos Aires,. Argentina: Sans soleil.

Gombrich, E. H. (2002). *Meditaciones sobre un caballo de juguete y otros ensayos sobre la teoría del arte*. Madrid: Debate.

Gombrich, E. H. (2003). *Los usos de las imágenes. Estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual*. Barcelona: Debate.

Grewal, I. (2005). *Transnational America: Feminisms, diasporas, neoliberalisms*. NC: Duke University Press.

Geun-hye, Park (2013) Opening a New Era of Hope (Inauguration Speech) 25/02/2013
Recuperado de: <https://en.yna.co.kr/view/AEN20130225001500315>

Joselit, D. (2013). *After art*. Princeton, N.J: Princeton University Press.

Mbembe, A. (2022). *Brutalismo*. Traducción de Núria Petit. Barcelona: Paidós.

Nye, J. (2011). *Las cualidades del líder*. Barcelona: Paidós.

Warde, A (1994) "Consumers, identity and belonging: reflections on some theses of Zigmunt Bauman" en R. Keat, N. Whitelwy & N. Abercrombie (eds.) *The authority of the consumer*. London: Routledge. 58-74.